

Del santo Evangelio según san Juan (21, 1-19)

En aquel tiempo, Jesús se les apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Se les apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás (llamado el Gemelo), Natanael (el de Caná de Galilea), los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos. Simón Pedro les dijo: “Voy a pescar”. Ellos le respondieron: “También nosotros vamos contigo”. Salieron y se embarcaron, pero aquella noche no pescaron nada.

Estaba amaneciendo, cuando Jesús se apareció en la orilla, pero los discípulos no lo reconocieron. Jesús les dijo: “Muchachos, ¿han pescado algo?” Ellos contestaron: “No”. Entonces él les dijo: “Echen la red a la derecha de la barca y encontrarán peces”. Así lo hicieron, y luego ya no podían jalar la red por tantos pescados.

Entonces el discípulo a quien amaba Jesús le dijo a Pedro: “Es el Señor”. Tan pronto como Simón Pedro oyó decir que era el Señor, se anudó a la cintura la túnica, pues se la había quitado, y se tiró al agua. Los otros discípulos llegaron en la barca, arrastrando la red con los pescados, pues no distaban de tierra, más de cien metros.

Tan pronto como saltaron a tierra, vieron unas brasas y sobre ellas un pescado y pan. Jesús les dijo: “Traigan algunos pescados de los que acaban de pescar”. Entonces Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red, repleta de pescados grandes.

Eran ciento cincuenta y tres, y a pesar de que eran tantos, no se rompió la red. Luego les dijo Jesús: “Vengan a almorzar”. Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: “¿Quién eres?”, porque ya sabían que era el Señor. Jesús se acercó, tomó el pan y se lo dio y también el pescado. Ésta fue la tercera vez que Jesús se apareció a sus discípulos después de resucitar de entre los muertos.

Después de almorzar le preguntó Jesús a Simón Pedro: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?” Él le contestó: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero”. Jesús le dijo: “Apacienta mis corderos”. Por segunda vez le preguntó: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?” Él le respondió: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero”. Jesús le dijo: “Pastorea mis ovejas”. Por tercera vez le preguntó: “Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?” Pedro se entristeció de que Jesús le hubiera preguntado por tercera vez si lo quería y le contestó: “Señor, tú lo sabes todo; tú bien sabes que te quiero”.

Jesús le dijo: “Apacienta mis ovejas. Yo te aseguro: cuando eras joven, tú mismo te ceñías la ropa e ibas a donde querías; pero cuando seas viejo, extenderás los brazos y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras”. Esto se lo dijo para indicarle con qué género de muerte habría de glorificar a Dios. Después le dijo: “Sígueme”.

Palabra del Señor.
R/. Gloria a ti, Señor Jesús.

La Semilla de la palabra



HOJA DOMINICAL

3er Domingo de Pascua

Amar de verdad a Jesús

El evangelio de este domingo de Pascua nos presenta la triple confesión de Pedro. La pregunta de Jesús: “¿Me amas?” es para nosotros hoy.



En el contexto del fracaso en el trabajo del día, de la presencia de Jesús resucitado en esa situación que devuelve la vida y del compartir los panes y el fruto de la pesca, Jesús entabló un diálogo especial, breve pero profundo, con su amigo que lo había desconocido en la noche de la Pasión.

Así como Simón Pedro dijo por tres veces que no era discípulo del prisionero Jesús, –es más, ni siquiera conocido suyo–, así Jesús tres veces le preguntó si lo amaba. No se trataba de un amor cualquiera, sino de un amor más grande que el de los demás, un amor sostenido ante la insistencia de la pregunta, un amor de verdad.

Al responderle que sí y sostenerse en su respuesta, así como se sostuvo al negar que era de los suyos, Jesús le confió la misión de ser pastor de la comunidad. Pero también le anunció que, en fidelidad a Jesús y como expresión de que lo amaba de veras, también iba a ser crucificado.

Esta encomienda de servir como pastor entre los discípulos, exige no perder la conciencia de ser discípulo de Jesús. Por eso, Jesús lo invitó a seguirlo.

Jesús nos pregunta hoy si lo amamos “de a de veras”. Lo hemos negado y desconocido muchas veces, no solo de palabra sino con nuestros hechos. ¿Qué le respondemos?

Salmo Responsorial
(Salmo 29)

**R/. Te alabaré, Señor,
eternamente. Aleluya**

Te alabaré, Señor,
pues no dejaste que
se rieran de mí mis enemigos.
Tú, Señor, me salvaste de
la muerte y a punto de morir,
me reviviste. R/.

Alaben al Señor quienes lo aman,
den gracias a su nombre,
porque su ira dura un solo
instante y su bondad,
toda la vida.
El llanto nos visita por la tarde;
por la mañana, el júbilo. R/.

Escúchame, Señor, y compadécete;
Señor, ven en mi ayuda.
Convertiste mi duelo en alegría,
te alabaré por eso eternamente. R/.



Aclamación antes
del Evangelio

R/. Aleluya, Aleluya

Resucitó Cristo,
que creó todas las cosas
y se compadeció de todos
los hombres.

R/. Aleluya, Aleluya

La Palabra del domingo...

Del libro de los Hechos de los Apóstoles (5, 27-32. 40-41)

En aquellos días, el sumo sacerdote reprendió a los apóstoles y les dijo:

“Les hemos prohibido enseñar en nombre de ese Jesús; sin embargo, ustedes han llenado a Jerusalén con sus enseñanzas y quieren hacernos responsables de la sangre de ese hombre”.

Pedro y los otros apóstoles replicaron: “Primero hay que obedecer a Dios y luego a los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien ustedes dieron muerte colgándolo de la cruz. La mano de Dios lo exaltó y lo ha hecho Jefe y Salvador, para dar a Israel la gracia de la conversión y el perdón de los pecados. Nosotros somos testigos de todo esto y también lo es el Espíritu Santo, que Dios ha dado a los que lo obedecen”.

Los miembros del sanedrín mandaron azotar a los apóstoles, les prohibieron hablar en nombre de Jesús y los soltaron. Ellos se retiraron del sanedrín, felices de haber padecido aquellos ultrajes por el nombre de Jesús.

Palabra de Dios.
R/. Te alabamos, Señor.

Del libro del Apocalipsis del apóstol san Juan (5, 11-14)

Yo, Juan, tuve una visión, en la cual oí alrededor del trono de los vivientes y los ancianos, la voz de millones y millones de ángeles, que cantaban con voz potente:

“Digno es el Cordero, que fue inmolado, de recibir el poder y la riqueza, la sabiduría y la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza”.

Oí a todas las creaturas que hay en el cielo, en la tierra, debajo de la tierra y en el mar -todo cuanto existe-, que decían:

“Al que está sentado en el trono y al Cordero, la alabanza, el honor, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos”. Y los cuatro vivientes respondían: “Amén”.

Los veinticuatro ancianos se postraron en tierra y adoraron al que vive por los siglos de los siglos.

Palabra de Dios.
R/. Te alabamos, Señor.



Tú el condenado en la Cruz



Tú eres el condenado en la cruz
que has vencido la maldad del mundo,
denunciando al injusto opresor,
levantando del polvo a los pobres.

Te pedimos que nos oigas,
Que escuches el clamor de tu pueblo.

Tú eres el condenado en la cruz
masacrado por los poderosos.
Hoy derramas tu sangre también
en la sangre de nuestros caídos.

Te pedimos que nos oigas,
Que escuches el clamor de tu pueblo.

Tú eres el condenado en la cruz
que construyes la paz con justicia.
Ayúdanos a no desmayar
y a luchar porque venga tu Reino.

Que tu paz llegue a nosotros
Cuando hagamos brotar la justicia.